

¿Por qué y qué en Porto Alegre?

La geografía de los nuevos movimientos antiglobalización liberal innova: es como si el desplazamiento histórico a que se refería Isaac Deutscher³⁸ -del movimiento anticapitalista de Europa occidental hacia Rusia y posteriormente hacia China- hubiese sufrido una revolución, siendo necesario antes un terremoto que terminase con la Unión Soviética y el llamado “campo socialista”, que llevase a la reconversión de China para una integración pragmática en el mercado capitalista y a una crisis -primero de identidad, después de fuerza política- de la socialdemocracia, además de la desaparición de los PCs y de la derrota del Tercer Mundo. Una cierta geografía de la izquierda fue apagada, pero de sus destrozos surgieron los movimientos que de Chiapas a Porto Alegre, pasando por Seattle, Génova, Barcelona, entre otros epicentros, cuestionan la globalización neoliberal y apuntan a un nuevo diseño ideológico, geográfico y político.

Chiapas, Seattle, Porto Alegre, ¿a qué apuntan esos lugares? Una región pobre del sur de México, una ciudad símbolo hasta allí de la posmodernidad en Estados Unidos, ¿una ciudad “europea” del sur de Brasil, gobernada por un partido que pretende representar los trabajadores. Qué pueden tener en común? ¿Qué movimiento puede surgir de esa diversidad social y geográfica?

Porto Alegre es una ciudad del sur de Brasil, un país poco conocido por tradiciones de izquierda que, de repente, aparece como símbolo de los nuevos movimientos antiglobalización liberal. No sólo el significado de la ciudad, sino especialmente el de los Foros Sociales Mundiales de los cuales fue sede, aparecen como una incógnita, en que se depositan, al mismo tiempo, esperanzas, ilusiones, temores e interrogaciones.

¿Por qué Brasil, por qué Porto Alegre?

La izquierda brasileña tuvo un desarrollo relativamente atrasado en comparación con la de otros países de la región, como la Argentina, Uruguay y Chile. Aunque haya tenido partidos comunistas y socialistas fundados más o menos en las mismas fechas que en los otros países -la segunda mitad de la década de 1910 o el comienzo de los años veinte-, su desarrollo económico-social -economía cafetalera y bajo desarrollo industrial- no permitió que tales partidos ganasen la fuerza de masa que consiguieron en los otros países mencionados.

Significativa es la comparación del surgimiento del proyecto nacional-popular con Getúlio Vargas en Brasil y con Perón en la Argentina. En Brasil Vargas llega al poder en 1930, en el marco de un país esencialmente agrario y rural, promoviendo los derechos de la reducida clase obrera urbana, mediante un sindicalismo que el Estado no tuvo mayores dificultades para sujetar política e institucionalmente. Fue ésa la respuesta brasileña a la crisis de 1929.

En la Argentina, la respuesta fue otra. Mientras en Brasil un gobierno conservador, exportador, fue derrumbado, en la Argentina, la víctima de los efectos devastadores del crack de la bolsa de Nueva York, fue un gobierno radical, progresista, que ya había protagonizado la reforma universitaria de Córdoba a finales de la década de 1910. Un gobierno militar, que renegociaría la dependencia argentina en términos regresivos, ocupará el poder durante toda la década de 1930 y parte de la siguiente, y recién a mitad de los años cuarenta Perón llegará al poder frente a una clase obrera constituida socialmente y con trayectoria y tradición política e ideológica. Por eso Perón tuvo que derrotar la influencia socialista y comunista para proyectarse como nuevo líder popular del país. Vargas, a su vez, tuvo muchas menos dificultades para imponerse, por la propia debilidad social y falta de tradición y de historia de luchas de la clase trabajadora brasileña. Como una de sus consecuencias, la coalición nacionalista brasileña que apoyó Vargas -que gobernó como dictador de 1930 a 1945 y como presidente electo de 1950 a 1954-, o compuesta por *trabalhistas* y por comunistas, cuando fue derrotada por el golpe militar de 1964, prácticamente desapareció. Los *trabalhistas* dejaron de existir, tal como estaban sujetos al aparato de Estado y, en particular, al Ministerio del Trabajo -ahora apropiados por enemigos de los trabajadores, por los militares de la “doctrina de seguridad nacional”, que entre sus primeras medidas decretaron la intervención militar de todos

los organismos sindicales, el estrangulamiento salarial y la persecución policial a sus líderes-, mientras los comunistas, al ver fracasar su estrategia institucional de alianza subordinada con la burguesía supuestamente nacional, entraron en colapso definitivo, lo que años más tarde motivaría su desaparición de la escena política brasileña.

Aunque con un contenido similar al proyecto de las clases dominantes, la dictadura militar brasileña tuvo particularidades que se reflejaron también en el proceso de reorganización de la izquierda nacional y que desembocaron en su configuración actual, que incluye no sólo ser la sede del Foro Social Mundial, sino también la fuerza de su izquierda política -el Partido de los Trabajadores y las candidaturas de Lula a la presidencia- y social -la Central Única de los Trabajadores (CUT) y el Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST).

El golpe militar se dio en el Brasil de forma relativamente precoz en relación a los otros países de la región. Aunque la izquierda brasileña fuese relativamente más débil que la de los otros países, comenzó a presentarse como amenaza, a causa del papel llave del país y por la maduración relativamente rápida de condiciones consideradas de riesgo por la estrategia de seguridad nacional. Los principales agentes del golpe -el gobierno norteamericano y la oficialidad de las Fuerzas Armadas brasileñas, concentrada entonces en la Escuela Superior de Guerra- se detuvieron especialmente en el surgimiento de un movimiento de movilización y sindicalización rurales nunca antes visto en el país, así como en la politización y organización de sectores de la oficialidad baja y media de las Fuerzas Armadas, movimientos todos que colocaban en riesgo el monolitismo de lo que sería “el partido” de las clases dominantes durante el período de la dictadura militar.

Esa fecha relativamente precoz -en Brasil el golpe se da en 1964, junto con Bolivia; el golpe de 1966 en la Argentina fracasa y su proyecto será retomado solamente diez años más tarde; en Chile y en Uruguay ellos se dan en 1973- permitió a la dictadura militar brasileña disfrutar de una especie de “luna de miel” en el largo ciclo expansivo del capitalismo, que aunque en su final, permitió gozar de un excedente de dólares que en parte se canalizó para irrigar un nuevo ciclo expansivo del capitalismo brasileño. Éste retomó el crecimiento, aunque de forma selectiva, privilegiando la exportación y la alta esfera del consumo³⁹, con índices de crecimiento arriba del 10% anual, hasta la crisis internacional del capitalismo de 1973 y el final de tal ciclo.

Aún así, mientras prácticamente todas las otras economías entraban en recesión, en la brasileña el crecimiento bajaba a 5% y 7%, aunque basado ahora ya no en inversiones directas, sino en empréstitos y en inversiones estatales, para obras de dudosas necesidades - como estadios de fútbol por todo el país o una nunca terminada autopista Transamazónica- u otras, como grandes usinas hidroeléctricas, siempre obras grandiosas que garantizaron la mantención de un empuje expansionista hasta el final de la década de 1970. En ese momento el *boomerang* de los empréstitos y de los gastos estatales encierra cinco décadas de crecimiento continuo, que habían transformado la cara del Brasil en casi todos sus aspectos, frenados por el endeudamiento, por la inflación y por los déficits públicos. Esta crisis introdujo no una década perdida, sino décadas de bajo crecimiento, cuando no de estagnación, con índices de expansión de la economía que en promedio mal sobrepasan el del crecimiento demográfico.

La izquierda, frente al golpe militar, en su mayoría reaccionó con la resistencia armada, sea impulsada por la falta de espacios para otra forma de lucha, sea por los ejemplos cubano y chino, pero fue derrotada en pocos años (la resistencia armada puede ser considerada como activa de 1967 a 1971, con algunas acciones espectaculares, pero sin capacidad de acumulación de fuerza junto a las masas). Esta derrota fue continuada por la hegemonía liberal en la oposición democrática, orientada ideológicamente por la teoría del autoritarismo, de Fernando Henrique Cardoso, que comenzaba a ganar prestigio como intelectual que arriesgaba también una carrera política. Al lado de esta fuerza, cristalizada en un partido amplio que reagrupaba toda la oposición legal -el Movimiento Democrático Brasileño (MDB)-, se desarrolló un sindicalismo de base, en el campo devastado del sindicalismo *trabalhista* y comunista.

Este sindicalismo tuvo su epicentro en la industria automovilística de la periferia de São Paulo, entonces ya transformada en la principal ciudad del país, en términos económicos y sociales. Si en la fase anterior el sindicalismo tuvo su centro en empresas estatales -petróleo, transportes, servicios públicos en general- y en Rio de Janeiro, ex capital del país, esta vez el centro serían las grandes corporaciones privadas, una parte de ellas de capital internacional y

en particular de la industria automovilística, palanca del crecimiento industrial brasileño desde los años cincuenta, constituyendo, con sus desdoblamientos, hasta hoy, un cuarto de su PIB. Con una ideología antipatronal, con fuerte hostilidad al Estado, dominado por los militares y agentes de represión, además de políticas antisalariales, este nuevo movimiento sindical forjaría el núcleo de lo que sería el nuevo gran partido de izquierda de Brasil, el Partido de los Trabajadores, llevando a su principal dirigente, Luís Inácio Da Silva, conocido como Lula, un líder sindical inmigrante del Nordeste (zona rural por excelencia de país), con la trayectoria típica de la nueva generación de la clase trabajadora, a ser el principal líder del nuevo partido.

Al Partido de los Trabajadores se unieron también los círculos organizados por el ala progresista de la Iglesia Católica brasileña -institución que desde la teología de la liberación se había transformado rápidamente de participante del golpe militar en el principal refugio de base para la nueva militancia social en el campo y en las ciudades-, militantes por los derechos humanos, por los derechos cívicos en general, además de militantes remanentes de la resistencia armada y grupos de izquierda tradicionales -trotskistas y maoístas restantes-, todos bajo la hegemonía del grupo dirigido por Lula.

El Partido de los Trabajadores fue el gran protagonista de la política de la izquierda brasileña, con una fisonomía que se alteró, desde un partido que partió de la resistencia a la dictadura y a la transición pactada -que llevó a Brasil a una democracia mitigada, manteniendo el perfil de país con la peor distribución de renta del mundo- y llegó a la leyenda que buscó encontrar espacios para ser alternativa de gobierno nacional. Las candidaturas de Lula a la presidencia de la República, de 1989 a 1998, resultando todas en segundo lugar, fueron fijando un gran caudal de votos, en el nivel del 30%, y ayudaron a transformar al partido en el primero a ser tomado aisladamente, a escala nacional.

Desde su fundación en 1980 el Partido de los Trabajadores conquistó municipios en los cuales deja su marca de administraciones en general exitosas, sea por la prioridad de políticas sociales, sea por la transparencia de sus gobiernos, sea por la interacción con los movimientos sociales.

Fue sin embargo la política de "presupuesto participativo" lo que caracterizó a los municipios de mayor éxito del PT, comenzando por el de Porto Alegre.

Porto Alegre es la capital del Estado de Rio Grande do Sul, el más meridional de Brasil, en la frontera con Argentina y Uruguay. Es una situación especial, dado que todas las otras fronteras de un país con la enorme extensión territorial de Brasil son prácticamente inaccesibles, definiendo una falsa proximidad con los otros países de América del Sur (Brasil solo no tiene fronteras con Chile y Ecuador en el subcontinente, pero las fronteras con Bolivia, Colombia, Perú y Venezuela están prácticamente muertas, restando apenas la frontera con Paraguay, con circulación amplia y directa). Esta característica de estado de frontera hizo de Rio Grande do Sul un estado fuerte militarmente, y, a partir de allí, cuando los militares brasileños empezaron a participar directamente de la política luego de cruel guerra movida con la Argentina y Uruguay al final del siglo XIX, fuerte también políticamente.

Fue de este estado que provino el principal estadista brasileño hasta ahora, Getúlio Vargas, líder del movimiento que derribó la oligarquía rural en 1930, así como su continuador, João Goulart, presidente brasileño de 1961 a 1964, depuesto por el golpe militar, y también otro de sus sucesores, Leonel Brizola, ex gobernador de Rio Grande do Sul y de Rio de Janeiro, dirigente de un remanente y hoy inexpresivo partido político nacionalista. Fue también en aquel estado que surgieron varios de los más importantes altos oficiales de la dictadura militar, incluso tres que asumieron la presidencia: Costa e Silva, Garrastazu Médici y João Figueiredo.

Esa tradición politizada del estado fue heredada por el Partido de los Trabajadores, en una versión más radicalizada, inicialmente a través de la elección de intendentes en la capital del estado, Porto Alegre, desde 1988. En la gestión del primer intendente (*prefeito*) del PT en esa ciudad, Olívio Dutra -sindicalista, bancario, fundador del partido con Lula y otros sindicalistas-, se implantó la política de presupuesto participativo (*orçamento participativo*), elaborada por el entonces vice-intendente, Tarso Genro, abogado, ex militante de la lucha clandestina contra la dictadura, que consiste en desplazar del Consejo Deliberante (*Câmara de Vereadores*) a asambleas populares la decisión sobre los recursos presupuestarios de libre disposición del gobierno municipal.

Esta experiencia permitió la politización de los debates presupuestarios, sacándolos de la esfera tecnocrática y legislativa, en el sentido estrecho de la palabra, y permitiendo un amplio debate de la ciudadanía organizada en torno de las prioridades y del significado social y político de las opciones presupuestarias hechas por una serie sucesiva de asambleas a lo largo del año. Además de decidir sobre las inversiones, esas asambleas acompañan su realización y hacen balances de su aplicación. Este proceso se volvió el gran triunfo diferenciador, movilizador y legitimador de los gobiernos del Partido de los Trabajadores, al punto que, desde un cierto momento, todos los candidatos opositores lo incorporaron, aunque bajo formas mitigadas, en sus programas electorales.

Tarso Genro sucedió a Olívio Dutra en la intendencia de Porto Alegre; su vice-intendente, Raul Pont, lo sucedió y, posteriormente, el propio Genro volvió a ser electo intendente de la ciudad, cargo del cual se licenció para ser candidato derrotado a gobernador por el PT, en la sucesión de Dutra, que había introducido la experiencia del presupuesto participativo, extendida ya a las principales ciudades de Rio Grande do Sul, gobernadas por el PT.

Cuando algunos miembros de ONGs brasileñas buscaron al periodista Bernard Cassen, de *Le Monde Diplomatique*, a inicios de 2001, para la realización de un foro alternativo a Davos, proponiéndole que fuese realizado en Europa, Cassen tomó la iniciativa de sugerir que la sede fuese en la periferia del capitalismo, en Brasil, y más particularmente en Porto Alegre. Esta elección se dio justamente por el éxito de las políticas de reforma democrática del Estado, centradas en el presupuesto participativo -por lo tanto, en una política pública, llevada a cabo por un partido de izquierda en el marco de la reforma política del Estado, centrada en el fortalecimiento de la esfera pública.

Lo que fue el Foro Social Mundial

A pesar de estos criterios para la elección de Porto Alegre como sede de lo que sería el primer Foro Social Mundial, realizado en enero de 2001, simultáneamente al Foro Económico de Davos -como también el segundo, en la misma época del año 2002-, la composición de lo que sería el Comité Organizador fue un factor que impuso un sesgo particular al perfil inicial de los foros. El comité fue compuesto mayoritariamente por organizaciones no gubernamentales, con participación minoritaria de los dos principales movimientos sociales del país -la Central Única de los Trabajadores, hegemonizada por el Partido de los Trabajadores, y el Movimiento de los Trabajadores Sin-Tierra, identificado con tendencias más radicalizadas del propio PT. Este papel central de las ONGs motivó que la definición del carácter del Foro y la composición de sus participantes asumiese una de las temáticas predominantes en los movimientos de resistencia al neoliberalismo en las dos décadas anteriores -el de espacio de aglutinación de la "sociedad civil", con los significados múltiples y difusos que ese concepto pasó a tener a lo largo del período.

No es éste el lugar para retomar la genealogía del término, sus diversas acepciones y los nuevos contenidos que pueda estar asumiendo. Existe incluso una vasta bibliografía sobre el tema (ver bibliografía al final del libro.) Lo que importa rescatar mínimamente son dos elementos, uno inclusivo y otro exclusivo. El primero se refiere a los márgenes de coincidencias peligrosas del rescate de la "sociedad civil" con movimientos neoliberales y, en particular, con la línea del Banco Mundial de incorporación de ONGs, como extensión de la participación de tales organizaciones en la aplicación de políticas sociales compensatorias propuestas por el Banco, de lo cual México, ya antes del gobierno de Vicente Fox, pero más acentuadamente desde que tomó posesión en 2001, fue un laboratorio de experiencias. Este margen de coincidencias permite ambigüedades que no tuvieron hasta aquí efectos negativos que desfiguraran el carácter originalmente antineoliberal de los foros, por el fuerte peso de uno de sus componentes programáticos originales, derivados de las manifestaciones fundadoras de Seattle, en noviembre de 1999, contra la OMC y, por tanto, contra las políticas del llamado "libre comercio".

El otro aspecto de la opción por la "sociedad civil" es excluyente: deja afuera los partidos y los gobiernos, al asumir la oposición sociedad civil/Estado. Este aspecto es más grave, no sólo porque un movimiento antineoliberal no puede prescindir de ninguna fuerza en una lucha todavía tan desigual, sino principalmente porque se abstrae de las temáticas del poder, del Estado, de la esfera pública, de la dirección política y hasta, de alguna forma, de la lucha

ideológica. El movimiento, al asumir esa delimitación, se priva de apoyos y restringe su óptica, dejando de lado elementos esenciales inclusive para la elección de Porto Alegre como referencia central de los foros, como así también los temas de la reforma democrática del Estado y de la centralidad de la esfera pública, todos llevados a cabo por un partido de izquierda, el Partido de los Trabajadores.

Este aspecto termina siendo más grave porque, de ser llevado estrictamente adelante, limita la formulación de propuestas alternativas al neoliberalismo. En este caso, la búsqueda de alternativas se restringe al marco local, derivado de la formulación de tanto éxito entre las ONGs, “Pensar local, actuar local”, renunciando a la lucha por una hegemonía alternativa o al marco sectorial - alternativas de “comercio justo”, de “desarrollo ecológicamente sustentable”, sin propuestas globales de proyectos negadores y superadores del neoliberalismo como propuesta global del capitalismo en la presente fase histórica.

Esta limitación se presentó en el propio formato de los dos primeros foros, que tuvieron en su estructura central, respectivamente, 24 y 27 mesas redondas, con temáticas bastante fragmentadas y tendientes a multiplicar esa dinámica, pareciendo más un abordaje académico, con su respectiva división intelectual del conocimiento. Las exposiciones generales eran más testimonios de personas ligadas de alguna forma al movimiento -y significativamente en el primer foro los testimonios de mayor éxito fueron los de dirigentes políticos o de movimientos sociales, como Lula, João Pedro Stedile, José Bové y Eduardo Galeano.

El propio hecho de definirse como organizaciones no gubernamentales explicita su falta de ambición de construir proyectos hegemónicos alternativos, que no podrían dejar de incluir Estados y gobiernos, como formas de articulación del poder político y económico en las sociedades contemporáneas. Implícita o explícitamente se insertan así en el marco del liberalismo, sea en su crítica esencial a la acción del Estado y de los gobiernos, sea en la reducción de su acción a la “sociedad civil”, cuyos espacios, definidos por oposición al Estado, terminan por configurar los límites liberales de sus concepciones políticas. Diluyen en la “sociedad civil” la naturaleza de clase de sus componentes -corporaciones multinacionales, bancos, mafias, junto a movimientos sociales, sindicatos, entidades civiles-, demonizando conjuntamente al Estado. El protagonismo de las organizaciones no gubernamentales en la lucha de resistencia al neoliberalismo es una señal del carácter todavía defensivo -e impotente para luchar por una hegemonía alternativa- de tal lucha. El planteo de la lucha contra la hegemonía imperial norteamericana y el carácter anticapitalista de la lucha contra el neoliberalismo son los elementos que pueden marcar el viraje a una etapa ofensiva y política de los movimientos que luchan por una globalización alternativa.

Mientras tanto, en la medida que los viejos componentes de la izquierda fueron desertando de este campo o debilitándose y perdiendo expresión, el campo de las resistencias al neoliberalismo fue siendo ocupado por estos tipos de organización, las ONGs, desvinculados del campo político y, con él, de la reflexión y de propuestas estratégicas. Era como si este campo fuese abandonado al “enemigo”. Fue siendo teorizado el surgimiento de un nuevo tipo de ciudadanía, de carácter global, más allá de las fronteras nacionales, cuyo debilitamiento fue dado como supuesto. Y, con el debilitamiento del Estado, se aceptaba también el de la política -por lo menos en sus formas tradicionales.

La aparición de un movimiento como el de los zapatistas, que habría conseguido derechos a la propia existencia, en México, a través de su reconocimiento internacional vía Internet y su difusión por agencias de noticias que habrían hecho repercutir internamente las ideas de ese movimiento, sirvió como ejemplo de la forma de ciudadanía universal -antes incluso de aquella a nivel nacional, por la cual los zapatistas aún continúan luchando- que comenzaría a existir.

Por otro lado, desde una concepción diferenciada del liberalismo, se pasó a utilizar la idea de sociedad civil como compuesta por la ciudadanía organizada, cuya expresión más definida serían los movimientos sociales, las organizaciones no gubernamentales y las entidades civiles que luchan por los derechos sociales, políticos y culturales. De la concepción original, se mantiene la oposición al Estado, a los gobiernos, partidos políticos y parlamentos, aunque buscando un recorte también por el lado de las grandes corporaciones, si bien nunca explicitada y reiterada en las prácticas de un número significativo de ONGs, con sus “asociaciones” con empresas privadas.

No sería raro, por tanto, que, surgiendo después de rupturas tan marcantes -como abordaremos a continuación- los foros presentasen un cuadro de difícil aprehensión de

acuerdo a comparaciones con otras tentativas de coordinación internacional. El mundo del trabajo, que caracterizó las Internacionales, incluso la primera, con el propio sentido de internacionalismo extraído de la universalización de la explotación del trabajo por el capital, perdió protagonismo. Lo mismo sucedió con el otro componente de la “izquierda” tal como ella existió en la periferia del capitalismo -el “tercer mundo”- y sus formas de organización económica y política. Su ausencia, bajo la forma que existía anteriormente, es una de las características de los foros, aún cuando estén presentes centrales sindicales importantes como las de Brasil, Sudáfrica y Corea del Sur, así como representantes de las de Estados Unidos, de Argentina y de algunos países europeos. Significativamente también, la mayor presencia de los representantes del mundo del trabajo se da en países de la semiperiferia. Los del “tercer mundo” -y los foros fueron realizados en un espacio del “tercer mundo”- están igualmente presentes, aunque las mayores manifestaciones desde Seattle se hayan dado en ciudades del centro: Génova, Florencia, Londres, Madrid, Roma y Barcelona, entre otras. Esta nueva combinación -muy presente en Génova, con la participación determinante de un nuevo subproletariado joven- es uno de los factores que marcan las diferencias específicas de los foros y apuntan a una nueva combinación de elementos en la construcción de nuevas formas de subjetividad en la lucha por un mundo pos-neoliberal.

Rupturas y continuidades

Antes de continuar y reflexionar sobre lo que los foros pueden ser, sobre su potencial, detengámonos un poco en sus limitaciones o, por lo menos, en el escenario histórico en que ellos surgieron. La novedad radical de los Foros Sociales Mundiales plantea desafíos sobre su naturaleza, que intentan ser abordados con o a partir de comparaciones aproximativas, que van desde las Internacionales obreras -la primera, más que las otras- hasta la Conferencia de Bandung⁴⁰ pasando por una variante de Woodstock -como a la gran prensa le encanta caracterizar. Es posible encontrar algo de cada uno de ellos, pero cualquier comparación en ese orden trae más confusiones que aclaraciones sobre su naturaleza o por lo menos sobre lo que el Foro Social Mundial fue y lo que puede llegar a ser.

Lo nuevo siempre presenta esa dificultad de ser aprehendido en su especificidad, más aún si surge después de tantas transformaciones, que cambiaron incluso el escenario histórico general en que se dieron los acontecimientos anteriores. Las Internacionales surgieron en el marco de la constitución del movimiento obrero, con el tema del trabajo ganando centralidad -especialmente desde la Segunda⁴¹-, y llevaría más de un siglo para que se desdoblase en la formación de los partidos de izquierda -especialmente socialistas y comunistas, en las organizaciones sindicales, en las representaciones parlamentarias y en distintas expresiones culturales. Aún cuando una comparación no intente reproducir mecánicamente las mismas condiciones históricas, sino apenas buscar semejanzas que puedan ayudar a describir un nuevo fenómeno, política e históricamente el escenario es otro, con todas sus consecuencias en el plano ideológico.

Como marco de comparación inicial, se puede decir que una ausencia notable en el primer Foro de Porto Alegre (enero de 2001) fue la de la izquierda tradicional europea, tanto de sus partidos como de sus sindicatos, exactamente las principales fuerzas que habían protagonizado la “categoría izquierda” con su componente central del trabajo. Su participación en los dos Foros siguientes (2002 y 2003) fue un poco mayor, aunque sin expresión significativa en el conjunto del evento.

Esto se debe tanto a su crisis ideológica con la reconversión de la socialdemocracia a programas neoliberales-, cuanto a la disminución de su importancia política -con los PCs reducidos a su mínima expresión, y las centrales sindicales a la defensiva. Los temas tradicionales de esas vertientes del movimiento obrero estaban presentes, pero redimensionados, en un marco mucho más amplio y diversificado de problemas a discutir, protagonizado principalmente, por el lado del mundo del trabajo, por las centrales sindicales de Brasil, de Sudáfrica y de Corea del Sur, significativamente países de la semiperiferia capitalista.

Se pueden considerar siempre elementos comunes con la Primera Internacional, especialmente en el carácter ideológico libertario, plural, rebelde, en la composición social heterogénea, en la tónica internacionalista, en la oposición a la mercantilización del mundo. Resulta no obstante indispensable, para captar el significado de los nuevos fenómenos, colocar

el énfasis en los elementos diferenciadores, especialmente en el marco de ruptura del período histórico existente entre aquel iniciado con el surgimiento del término “izquierda” y el movimiento obrero, como fueron conocidos por más de un siglo. Nos separan la derrota y la desaparición de lo que históricamente asumió la imagen del “socialismo” y las transformaciones operadas en la izquierda, como ella fue proyectada al mundo, a partir de los procesos políticos de Europa occidental.

A partir del surgimiento de la Unión Soviética y, especialmente, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, con el escenario internacional polarizado por la oposición “capitalismo/socialismo”, las referencias ideológicas y políticas eran relativamente determinadas, por un lado la lucha entre la polarización de los dos sistemas sostenida por la izquierda, y por otro la lucha “democracia/totalitarismo”, propuesta por las potencias capitalistas occidentales. Fue éste el mayor embate ideológico que presidió el período histórico anterior al que vivimos actualmente.

La desaparición de la forma histórica del socialismo asumida por la Unión Soviética y por el entonces llamado “campo socialista” concluyó el período de “actualidad de la revolución”, y el capitalismo volvió a reinar solo en el escenario mundial. Los propios países remanentes del socialismo se reciclaron: China, en la dirección de una forma mitigada de economía de mercado, camino probablemente trillado también por Vietnam; y Cuba, buscando más defender las conquistas sociales básicas del período anterior que avanzar en la dirección del socialismo.

Las fuerzas sociales y políticas correspondientes sufrieron a su vez los efectos de la mudanza radical en la correlación de fuerzas. Los sindicatos y centrales sindicales, bajo el impacto de la expansión del desempleo en Europa, pasaron a la defensiva, entre formas relativamente debilitadas de resistencia y otras de adecuación a distintas formas de “flexibilización laboral” -formas siempre disfrazadas de aumento de la superexplotación del trabajo-, en medio de la pérdida acelerada del número de adeptos y de reinserción en un mundo del trabajo crecientemente informal y heterogéneo, en que las formas tradicionales de organización y de lucha fueron perdiendo su eficacia.

Los partidos, a su vez, sufrieron la conmoción de la generalización de las políticas neoliberales de ajuste fiscal, de desregulación, de apertura de los mercados, de flexibilización laboral, adoptando la socialdemocracia esas políticas en sus gestiones de gobierno -justamente en el momento en el que, por primera vez, se volvieron mayoritarias en los Estados de Europa occidental-, mientras los PCs de esa región se encogían o simplemente desaparecían. El escenario político del Este europeo expresaba algo análogo, con versiones radicalizadas del neoliberalismo o reconversiones de los ex PCs a políticas socialdemócratas, adaptadas a los nuevos tiempos.

Las dimensiones de esta derrota para la izquierda no fueron aún suficientemente evaluadas en su profundidad y alcance. Entre sus principales tópicos podemos constatar, antes que nada, la victoria del liberalismo, en los planos económico y político. Económicamente, con la contraposición a la regulación y al “Estado de bienestar social”, de la desregulación y de la retracción de los derechos sociales en función de mecanismos de mercado y de la financiarización de la economía, incluidos los Estados. La mercantilización se proyectó del plano de las relaciones sociales al de las prácticas y la conciencia social, tornándose el referencial central de la vida ideológica en las dos últimas décadas, mientras la “empresa” pasó a ocupar el lugar central como sujeto de los procesos económicos, en detrimento del Estado, de los sindicatos, de los movimientos sociales, de los partidos -de todas las formas reguladoras y asociativas de la vida social, contrapuestas todas a la extensión ilimitada de los mecanismos de mercado.

Desde el punto de vista político, con el desplazamiento de la polarización capitalismo/socialismo a favor de aquella entre democracia (liberal)/totalitarismo, el liberalismo conquistó espacios como nunca antes había conseguido en el campo de la izquierda. En el de la izquierda tradicional, con la asunción por ésta de políticas económicas neoliberales y de los presupuestos del modelo político de democracia representativa como la forma definitiva de democracia política. Paralelamente, desapareció del escenario político e ideológico el “imperialismo” como fenómeno y, con él, los Estados Unidos pudieron imponer con más facilidad su hegemonía en el plano internacional, en tanto modelo de sistema político “democrático” y de éxito económico, dados sus niveles insuperables de desregulación

económica, consustanciados en un modelo “anglosajón”, contrapuesto a las sobrevivencias del “Estado de bienestar social” en la Europa occidental.

La idea de progreso económico pasó a asociarse a la libertad de movimiento de las empresas y del capital, y los grados de desregulación pasaron a medir las potencialidades de la expansión económica. La idea de “globalización” fue asumida como marca por este modelo, para imponer una contraposición a los “atrasados” modelos nacionales, apropiándose del movimiento internacional del capital como si su modalidad fuese la única posible.

El conjunto de estos elementos constituyó una hegemonía extensa y profunda, cristalizada en el plano ideológico y cultural, como nunca antes el capitalismo había gozado. Si un país de cultura tan diferente como Japón ya había, en la segunda posguerra, asumido supuestos básicos del modelo de capitalismo occidental -y del norteamericano en particular, afirmando su suceso a partir de una forma diferenciada de aquel, de acuerdo a sus condiciones específicas-, China pasó, en las dos últimas décadas, a asumir algunos de esos presupuestos como su objetivo, alterando hábitos y valores de parcelas significativas de su sociedad, en un ritmo jamás visto en la cultura oriental.

Si en Europa occidental la socialdemocracia se volvió el portavoz de políticas neoliberales - aunque manteniendo, en el caso del gobierno de Lionel Jospin en Francia, en particular, matices propios en el plano social-, en América Latina las vertientes populistas tradicionales - que siempre tuvieron en el nacionalismo, retórico o real, una de sus características- y las socialdemócratas asumieron tal papel, en este caso con modalidades extremas de neoliberalismo (el Partido Revolucionario Internacional mexicano y el peronismo son ejemplos privilegiados).

La comprensión de la dimensión de las rupturas operadas en las décadas anteriores al zapatismo, a Seattle y a los Foros de Porto Alegre, es condición para la comprensión de la naturaleza del nuevo cuadro histórico en que estos fenómenos se insertan. Los Foros fueron el espacio de reencuentro de los movimientos de resistencia a la globalización neoliberal, en la búsqueda de la formulación de alternativas globales y locales, del intercambio de experiencias de los diversos movimientos y de afirmación política de la voluntad de construir “otro mundo posible”. Con la desaparición del socialismo del horizonte histórico actual -y, con él, de la propia tematización del capitalismo como sistema social históricamente determinado-, la izquierda quedó completamente desarmada para enfrentar la contraofensiva conservadora que se apropió del mundo desde los gobiernos de Reagan y Thatcher, continuados con los de la llamada “tercera vía”, de Clinton y Blair. De los proyectos estratégicos de construcción de un nuevo tipo de sociedad, se pasó a la defensa de los derechos avasallados -típicos de la situación defensiva del movimiento sindical- o a la creación de espacios locales y sectoriales de resistencia -con la proliferación de gobiernos municipales alternativos y de las ONGs, y su lema “pensar global, actuar local”, como mejores ejemplos.

Se abandonaba la posibilidad de construcción de un tipo de sociedad alternativa al capitalismo, planteándose la lucha en el interior de la resistencia al neoliberalismo, como modalidad contemporánea de este tipo de sociedad. Se inducía el diagnóstico de las teorías sobre el “totalitarismo”, según el cual todos los intentos de análisis globales -esto es, históricos, pensados en su totalidad, como proceso- desembocarían en proyectos reductivos, que acabarían teniendo en el Estado su agente “totalitario”. La democracia requeriría, por su sesgo “pluralista”, diagnósticos “complejos”, no reductivos al “economicismo” atribuido al marxismo - realmente existente-, renunciándose así a lo que pasó a ser llamado “grandes narrativas”.

Fue en este marco que surgieron formas de resistencia locales, experiencias de gobierno municipales y provinciales, sectoriales (ecológicas, femeninas, étnicas, de derechos humanos, entre otras), de cuya agregación se constituiría el movimiento que, unido a organizaciones sindicales y de resistencia a la Organización Mundial del Comercio y a sus tesis del “libre comercio”, salió a la superficie en Seattle en noviembre de 1999. Si ellas representan avances en la construcción de nuevos espacios de acumulación de fuerzas, muchas también traen implícita la idea de renuncia a la construcción de una sociedad alternativa, como si de alguna forma la condenación a los marcos del capitalismo y de la democracia liberal -de las cuales las formulaciones de Fukuyama son la expresión más acabada- fuese asumida como tal.

Lo que el Foro de Porto Alegre puede ser

El Foro Social Mundial de Porto Alegre es un espacio inédito de encuentro de fuerzas antisistémicas a escala internacional. Inédito por la diversidad de fuerzas que lo componen -no sólo partidos o fuerzas políticas, sino una gama de movimientos sociales, organizaciones no gubernamentales, civiles, centrales sindicales, personalidades, partidos, gobiernos-, por su carácter de espacio no estatal o partidario, por proponerse la formulación de alternativas globales al neoliberalismo y estrategias para colocarlas en práctica.

En este sentido, por su propia existencia, el Foro significa, en primer lugar, la generación de un espacio que hace que la lucha de resistencia al neoliberalismo se libere de los estrechos límites de la opción entre globalización liberal y Estados nacionales en que el neoliberalismo pretendió aprisionar dicha lucha. Se incorpora a este encuentro la idea de que las alternativas al neoliberalismo tienen que darse en la dirección de su superación y, por eso también, tienen que darse en el plano internacional. El peso del Estado nacional es reconocido en la formulación de estas alternativas y en su realización. Sin embargo, el marco común es el de la globalización alternativa, no sólo aquélla del capital, con las corporaciones multinacionales como sus agentes.

En segundo el lugar, el Foro Social Mundial permite el restablecimiento de una alianza entre las fuerzas de oposición al neoliberalismo de la periferia y del centro del capitalismo, proceso que sufrió una profunda fractura desde la hegemonía neoliberal y el fin de la Unión Soviética, cuando los países del centro -gobernados por la socialdemocracia o por ex comunistas- redefinieron las áreas de influencia mundial, abandonando a los países de la periferia en su condición de víctimas privilegiadas de la nueva ofensiva del gran capital y de las grandes corporaciones internacionales.

En tercer lugar, posibilita la reunión de las contribuciones teóricas, sociales y políticas en un mismo espacio, sin jerarquías determinadas, buscando la construcción de alternativas globales al neoliberalismo. Se rescata de alguna forma la herencia acumulada por la izquierda histórica, por los movimientos sociales y por la producción teórica, al mismo tiempo en que permite a ésta ser pauta por las temáticas del movimiento por una globalización alternativa.

Este movimiento refleja, en su interior, los elementos de fuerza y de flaqueza que la lucha contra el neoliberalismo reveló. Elementos de fuerza, tales como la congregación de lo mejor que surgió en la producción teórica, sea en el plano de los análisis globales, sea en el plano sectorial; la presencia de los más diversos movimientos (sindicales, de género, de etnias, medioambientales, etc.) al lado de fuerzas y dirigentes políticos y personalidades del mundo académico y cultural; el reconocimiento moral de que los grandes temas de la humanidad en la entrada del nuevo siglo son discutidos en su interior, y no en Davos. Elementos de flaqueza, como la ausencia de traducción de tales elementos de fuerza en fuerza política -sea en el plano de gobiernos, de parlamentos o de otras formas, además de las movilizaciones de masa que puedan ejercer efectivamente el veto sobre políticas neoliberales vigentes, o bajo la forma de otras maneras innovadoras de acción política. Debilidad también en el plano económico, referente al poder transformar el creciente sentimiento de agotamiento y fracaso de las políticas neoliberales en políticas económicas alternativas e, incluso antes de eso, por lo menos en capacidad de frenar el movimiento especulativo de capitales y apuntar a nuevas formas de intercambio económico internacional. Otro elemento de debilidad del Foro Social Mundial es la representación todavía muy desigual en la participación en los foros, con la significativa ausencia o subrepresentación precisamente de los países del centro del capitalismo, como Estados Unidos, Alemania, Japón, Inglaterra, o de potencias emergentes de gran importancia, como China e India.

Pasos importantes fueron dados en el seminario realizado en Barcelona por el Comité Internacional del Foro Social Mundial, en abril de 2002. Entre sus principales decisiones está la transferencia de la dirección política del Foro Social Mundial del comité organizativo originario -compuesto por organizaciones brasileñas, mayoritariamente ONGs- al Comité Internacional. Éste está compuesto por cerca de sesenta redes internacionales, de todos los continentes, con un abanico bastante representativo de organizaciones. Por otro lado, este comité decidió dar un formato más concentrado a los foros, con una pauta de seis temas básicos, que agrupan todos los otros, para poder avanzar de forma más decidida en la formulación de propuestas políticas abarcadoras y de estrategias de lucha para conseguirlos. Ya se había decidido que los foros no son eventos, sino un proceso de elaboración de alternativas y de lucha para su

colocación en práctica. Desde esta perspectiva se realizaron, ya antes del Foro de 2003, foros continentales y sectoriales, y otros fueron programados.

El Foro Social Mundial de Porto Alegre representa así un elemento nuevo, que marca el viraje del período de resistencia fragmentada, sectorial, defensiva al neoliberalismo, hacia la fase de acumulación concentrada de fuerzas, que puede permitir el pasaje a un período que se apoye en fuerzas políticas, sociales y culturales articuladas internacionalmente, y así enfrentar al neoliberalismo en condiciones de derrotarlo y superarlo. Las primeras décadas del nuevo siglo son el escenario para ese nuevo desafío, con la conciencia de su complejidad y de la desigualdad de fuerzas todavía presentes.

En el momento de la irrupción de la rebelión de los zapatistas y de las manifestaciones de Seattle estábamos aún en el ciclo de crecimiento de la economía norteamericana, que daba el tono del clima económico mundial. Chiapas fue realizado contra el NAFTA, Seattle contra la Organización Mundial de Comercio. El primer Foro Social Mundial se propuso la formulación de alternativas al neoliberalismo. El segundo Foro se realizó cuando el ciclo expansivo norteamericano se había cambiado y, después del 11 de septiembre de 2001, los Estados Unidos habían mudado su presidente, su política exterior y su discurso. Los Foros de Porto Alegre de 2002 y 2003 incorporaron como tema central la cuestión de la paz y contra la guerra. El de 2002 fue abierto por Noam Chomsky, en el marco de propuestas de paz para Palestina, Chiapas, Colombia y para el País Vasco. En la nueva coyuntura, tenemos un doble desafío: crear alternativas al neoliberalismo y a las políticas imperiales de los Estados Unidos.

Notas

38 Isaac Deutscher, *A revolução inacabada*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1968, p. 10.

39 Ver Ruy Mauro Marini, *op. cit.*

40 Ver Michael Hardt, "From Porto Alegre", *New Left Review*, n. 14 (nueva fase), mar./abr. 2002.

41 Ver Perry Anderson, "Internationalism: a Breviary", *New Left Review*, n. 14 (nueva fase), mar./abr. 2002.